

extrañas y proliferantes. Las novelas traían la idea de que eran odiosos e inmorales los matrimonios de conveniencia. Se hablaba en los folletines de la redención de la mujer perdida o de la rehabilitación de los criminales. Ahora la tendencia es a fijar el hecho principalmente en forma gráfica, seductora y sin lugar a equívocos. El puesto que antes ocupaban en los diarios Faguet, Chesterton, Jules Lemaitre, Games Stephen, Ojetri, ahora lo llenan con igualdad y plenitud las historias gráficas, con el beneplácito de las inteligencias primordiales.

Hay, pues, no precisamente un peligro,

pero sí graves dificultades en la empresa de editar un semanario de ideas. La afición a los hechos, a los diseños, es insistente, goza de apetito insaciable y llega en sus aspiraciones a lo indecoroso hasta en las páginas de avisos.

En la tentativa de hacer un semanario sin ideas el creador de *Time* ha obtenido, éxito resplandeciente. Cualquiera puede hacer un periódico sin ideas. Basta un Mamatoco. Hacerlo con ideas es aventura muy cargada de riesgos no sólo económicos sino también de carácter social y religioso.

IN MEMORIAM

(Homenaje póstumo a Margarita Esquivel)

El mundo femenino costarricense ha visto con dolor desaparecer a uno de sus más altos valores del arte. Margarita Esquivel Rohrmoser fué una juventud nerviosa, vehemente, bañada de exquisiteces. Tan buena como la mañana; tan buena y dulce como el canto del ruiseñor en las alboradas de oro de la primavera. Pero vino al Mundo con la marca torturante de las almas selectas.

La seguí en su trayectoria de la vida. En el fondo, serena y acogedora como los remansos, plácida como un vuelo de torcaes, tierna como el canto de las alondras. Le faltó una cosa: lograr la meta de sus sueños secretos. Le faltó una voz que resonara en las naves gentiles de su alma con acentos de fervor devoto. Le faltó una mano fuerte e idealista que se posara en las suyas temblorosa de pasión, cálida de gozo. Le faltó unas pupilas ávidas de visiones etéreas que buscaran en las suyas el secreto de la Eternidad...

Temprano empezó a conocer el desgarrador suplicio de los desencantos. No recordó que la juventud debe vivirse con rojas sonrisas en los labios y un nido de sonoras esperanzas dentro del pecho.

El Destino, cruel a veces con los mortales, tronchó la vida de esta angelical mujer. No le dió tiempo a desarrollar su obra artística. Su fecunda obra artística!

Con sus palabras la consuelen y la exalten. Mis palabras son ecos fieles de un corazón sensitivo que ama y sueña en todos los momentos, de un corazón que siega jazmines y estrellas en los áridos desiertos de la adversidad.

Y Margarita Esquivel Rohrmoser se nos fué del Mundo en una mañana bañada de sol. Fué a buscar más espacio a la Eternidad.

Carlos Fernández Mora.

(Envío del autor, Costa Rica, 1945)

Un cuento de Myriam Francis

EL REGALO DE NAVIDAD

(Envío de la autora. Cartago, Costa Rica, 1945)

Temblorosa de frío, Leda se arrebujó en las sábanas, y después de titubear un rato se decidió al fin a extender el brazo para apagar la lámpara. Su mano tropezó con un rico estuche de terciopelo azul, que abierto sobre la mesita de noche, dejaba ver una hermosa cruz de platino y brillantes. Quizá el frío de la joya hizo temblar más la blanca mano, que, sin apagar la lámpara, se retiró vivamente y se apretó contra el pecho de su dueña. Levantando un poco la cabeza de bucles castaños, Leda miró vagamente la cruz que rutilaba cual si fuese una cruz de estrellas.

No pudiendo contenerse más después de un esfuerzo de varias horas por aparentar alegría, sintió un nudo en la garganta, se le nublaron los ojos y estalló en sollozos. Lloró con una angustia infinita, como si todo el dolor del mundo se hubiera agolpado en su pecho. Sollozaba amargamente, convulsivamente, con honda tristeza, como nunca había llorado en su vida, a pesar de que se decía a sí misma que no tenía motivo para ello.

El ruido de la calle traía hasta la alcoba la jocunda alegría de la Nochebuena. Luego las campanas anunciaron con su voz de bronce el nacimiento de Dios-Niño, y más tarde los ruidos se fueron apagando poco a poco. Leda, con el alma estrujada por la angustia, y vencida por un cansancio más moral que físico,

se quedó dormida. Su última mirada, aquella noche de Navidad, fué para la cruz de brillantes.

*

La víspera de Navidad, Ernesto la había llamado por teléfono.

—Te veré mañana, Leda —le había dicho.

—No, mañana no — fué la contestación de ella, sin saber por qué.

Pero se vieron.

Para Leda no había momentos más gratos que los que pasaba junto a Ernesto, olvidada de todo, menos de la dulce felicidad de estar a su lado. No pedía nada a la vida, como no fuera el humilde placer de ocupar un pequeño lugar en su corazón.

Caía la tarde de ese día cuando regresó a su casa después de un rato de deliciosa charla, mirando caer la nieve a través de los cristales de la pequeña confitería. Al llegar, una voz rí-sueña exclamó:

—Mira, mira lo que te han traído!

Leda, curiosa, miró hacia donde le señalaba su prima, que le había salido al encuentro. En una mesa, amontonados en desorden, había varios paquetes, cariñosos regalos de sus amistades. Dando exclamaciones de alegría, los fué abriendo uno por uno.

—Y... qué te ha dado Ernesto? —interrogó la prima.

—Sí! Muéstranos lo que te regaló! —pidió el hermano menor.

La voz gruñona de la tía también se dejó oír:

—A ver, a ver ese presente de Pascuas.

La joven se quedó helada. No, nada le había dado Ernesto, ni ella hasta ahora había pensado en más regalo que en el grato regalo de su compañía.

—Nada—respondió con acento indiferente.

—Nada? No seas bromista! dijo la prima sorprendida y decepcionada. Eso no es posible!

—Bueno, no es una obligación dar para Nochebuena.

—No es una obligación, pero sí es una costumbre —arguyó la tía— y no resulta muy caballeroso, que digamos, sobre todo tratándose de un hombre de posibilidades, no hacer ningún obsequio de Pascuas a la muchacha que corteja desde hace meses...

—Callen! —exclamó Leda templando de ira. Y agregó luego con voz más sosegada, aunque se veía en sus ojos una expresión de animalillo acorralado: —Pues han de saber que sí me hizo un regalo, y magnífico por cierto. Sólo que como son ustedes tan curiosos, no lo voy a mostrar todavía, sino hasta dentro de dos horas por lo menos.

Poco rato después Leda se acordó de una comisión que le había encargado una amiga de provincia, y salió nuevamente, no sin advertir antes con un guiño picaresco:

—Dentro de un rato los dejaré con la boca abierta al ver el regalo de Ernesto que tengo aquí guardado en la cartera.

Y se marchó.

Más tarde, ya de regreso, y después de que su tía y su prima empezaron a burlarse diciendo que no había tal regalo, Leda mostró triunfalmente la hermosa cruz de brillantes.

—Lo ven? —exclamó Leda. Es una joya maravillosa, verdad? Y decían que Ernesto no era un caballero. Es el más caballero de todos!

Y luego, sintiéndose cansada de repente, se retiró a su alcoba.

Tristemente contempló la joya, y dando un suspiro se la puso al cuello, y se miró al espejo. Lucía maravillosa la cruz, sobre el raso marfileño de su piel, colgando de un hilo de platino tan fino que era casi invisible. Luego, con lento ademán, Leda se quitó la joya y la colocó en el estuche, que dejó abierto sobre la mesa de noche. Después, casi sin darse cuenta, dirigió su mirada hacia una gaveta del tocador. Allí, en una cajita con llave, había estado guardando, desde hacía cinco años, todo lo que lograba ahorrar.

¡Cuántas privaciones, cuántos deseos nunca satisfechos, a través de años y años, se habían convertido, al llegar esa Navidad, en aquella espléndida e inútil cruz de brillantes!

MINERVA

Revista Continental de Filosofía
Publicación bimestral dirigida por

MARIO BUNGE

Colaboraciones de investigadores de todo el Continente

Suscripción anual: 10\$ m/a. o 4 dólares.
o 1 £. Número suelto 2\$ m/arg. o 80 Cts. de dól.

Giros y Cheques a la orden de Adolfo Moringa, Garay 431, Buenos Aires, Rep. Argentina.